

Aronson, Paulina Perla

El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Aronson, P. (2014). *El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social*. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4648/ev.4648.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

El fin de la teoría sociológica, el comienzo de la teoría social

Paulina Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA

paronson@sociales.uba.ar

paronson@fibertel.com.ar

Con la declinación de las “grandes teorías” –orientadas a demarcar el advenimiento, la trayectoria y las transformaciones de la sociedad moderna–, desde mediados del siglo pasado cobra fuerza la distinción entre teoría sociológica y teoría social. Los estudios dedicados a detallar las tendencias de la sociología desde la década de los ochenta, indican que –en consonancia con el pensamiento posmoderno y su giro culturalista-constructivista– la empresa misma de la teoría sociológica se disuelve. Ello, debido a que los presupuestos modernos pierden validez para aprehender la realidad social, «lo cual ha llevado a una teoría reflexiva, centrada en las cuestiones epistemológicas y ontológicas por encima de las sociológicas» (Noya, 2004: 164).

Para deslindar la teoría sociológica de la teoría social se emplean criterios que varían desde la especificidad del objeto de estudio, hasta el alcance analítico atribuido a ambos campos, incluyendo además contrastes metodológicos, nuevas clasificaciones disciplinares y ordenamientos temporales que, según perspectivas divergentes, desagregan lo clásico de lo contemporáneo. La preeminencia de la subjetividad en detrimento de las estructuras, la contraposición entre conocimiento general y particular y entre conocimiento universal y contingente, la cercanía entre saber científico y saber cotidiano, el contraste entre socialización-orden social y experiencia en cuanto factores de resolución de la tensión entre individuo y sociedad, son todos elementos que mediante fundamentaciones heterogéneas favorecen la conformación de dos espacios diferenciados.

En este escrito, se hace foco en algunas de esas interpretaciones, especialmente en aquellas que ponen en cuestión la totalidad del corpus conceptual de la sociología, precisamente porque son las que más enérgicamente postulan el fin de la teoría sociológica y el surgimiento

de la teoría social, aún cuando a menudo no lo formulen expresamente. El interrogante que se busca responder es si la teoría social –en singular– constituye la superación de la pluralidad de teorías sociológicas elaboradas en el transcurso de casi un siglo y medio. Asimismo, se intenta identificar cómo juega la noción de convergencia disciplinar, un principio que da forma al supuesto de que la teoría social, a diferencia de la teoría sociológica, reúne al conjunto de las ciencias sociales que sellan un compromiso deliberado con la conducta de los seres humanos, con su conciencia y sus acciones.

Agotamiento de la sociología y de la teoría sociológica

muchos científicos sociales han renunciado a un ideal de explicación
basado en leyes y ejemplos para asumir otro basado en casos e interpretaciones,
buscando menos la clase de cosas que conecta planetas y péndulos y más
esa clase que conecta crisantemos y espadas
(Geertz, 1994: 31).

Uno de los argumentos más frecuentes advierte que la sociología –implicada en una vigorosa convivencia con otras ciencias dentro de un ámbito ampliado– se ve exigida a revisar sus tópicos y sus procedimientos de investigación, particularmente porque las recientes y dramáticas transformaciones sociales e individuales no encuentran un lugar explicativo en el interior de los modelos teóricos consagrados (Esping-Andersen, 2000).

Se afirma que somos testigos de la disolución de las representaciones sociales de la experiencia, un quiebre de tanta magnitud como el que engendró la salida de la religión del centro de la vida social (Touraine, 2006). En ese sentido, y en virtud de que el concepto de sociedad lleva implícitas la autoproducción y la autotransformación, también se cuestiona el hecho de la absorción de la conciencia de los individuos por la ciencia y la razón. En paralelo con el ocaso de las instituciones de socialización –prontas a sustraer a los sujetos de las culturas particulares, enviándolos a un área de cultura universal– nacen reacciones a la idea de sociedad tal como es concebida por la sociología clásica; esto es, una amalgama unitaria entre el actor y el sistema. Debido a la desaparición de los actores propiamente sociales, desplazados por actores no sociales con orientaciones culturales, «la noción de sociedad se vuelve inútil y hasta perjudicial» (Touraine, 2013: 26) en razón de la disgregación y fragmentación de las clases y del traslado del conflicto y la movilización hacia un centro donde se consolidan grandes concepciones culturales que absorben también las conductas sociales. Los señalamientos abarcan la disociación entre integración social y sistémica, lo mismo que el desmoronamiento del proceso de interiorización de una cultura compartida, de modo que «es todo el ordenamiento de la sociología clásica el que se deshace» (Dubet, 2004:

10), El movimiento también impulsa el declive de las imágenes sustentadas en oposiciones como comunidad y sociedad, estadios de desarrollo, tipos de racionalidad y solidaridad, particularismo y universalismo, todas ellas derivadas del supuesto de que la razón contraría lo sagrado y la costumbre y, en último término, triunfa decididamente sobre ambos.

Luego, frente a la fidedigna precisión de los análisis efectuados por los organismos internacionales, y ante otros géneros de escritura como la novela, las grandes categorías sistemáticas y los pequeños conceptos acuñados para interpretar la vida cotidiana, caen por su propio peso (Brunner, 1997)¹. Por tanto, las teorías sociológicas orientadas a las totalidades, lo mismo que las que registran franjas minúsculas de la vida social, dan la pauta de un estado de crisis cuya superación desemboca en la teoría social, una configuración más estrechamente conectada con los conflictos sociales y los debates públicos contemporáneos. De ahí que se asevere que los enfoques macrosociológicos se ocupan de temas tan vastos que resulta imposible traducirlos en respuestas que contribuyan al cambio social, mientras los puntos de vista microsociológicos no alcanzan a percibir la complejidad de los vínculos y las interacciones entre las personas.

La seguridad con que se afirma que la teoría sociológica «se ha ido a la basura» (Seidman, 1995: 119)), reposa en la constatación de que sus preocupaciones se encuentran notoriamente desvinculadas de la realidad, y que su autorreferencialidad la ha convertido en una herramienta producida y consumida solo por sociólogos, en realidad, por algunos pocos sociólogos. Al aumentar su valor expresivo o de consumo, se deteriora el valor productivo-instrumental, transformándose en un fin en sí mismo que aumenta su formalidad en detrimento de las cuestiones sustantivas (Rule, 1997). En palabras de Martuccelli, los sociólogos la entienden como la actividad intelectual más importante o, al contrario, como algo inútil «que se limita al comentario de ciertos conceptos ociosos o bizantinos por lo general desprovistos de toda aplicación empírica, o a la glosa, por pequeños autores, de grandes autores» (Martuccelli, 2009: 3).

Pluralidad de definiciones

Cuando se buscan precisiones acerca de la diferencia entre teoría sociológica y teoría social, surgen caracterizaciones tan distintas que es casi imposible contar con una idea clara sobre los contrastes entre una y otra. La dificultad estriba en la existencia de concepciones heterogéneas

¹ Así como el Fondo Monetario Internacional examina el funcionamiento de los sistemas, además de aportar fórmulas de procedimiento para la resolución de los problemas detectados, así la novela provee análisis de gran fertilidad para captar la singularidad de la vida interior y colectiva (Brunner, 1997).

relativas a la teoría sociológica y a la insuficiencia y ambigüedad de especificaciones concernientes a la teoría social.

En un interesante análisis sobre la encuesta aplicada en 1998 a sus asociados por la Asociación Internacional de Sociología (ISA), Lamo de Espinosa llama la atención acerca del sesgo de las respuestas². Sostiene que se verifica «un claro predominio de textos teóricos sobre investigaciones empíricas» (2001: 28) que demuestra el interés por la reflexividad de la disciplina, precisamente porque hace foco, cuestionándolos, en los supuestos desde los que piensa. En ese sentido, algunos analistas afirman que la sociología es una ciencia que cuenta con más epistemólogos que científicos (Fabiani, 1996), lo que da la pauta de que la filosofía sigue siendo su fuerza orientadora. Sin embargo, desde otra perspectiva, se entiende que la importancia otorgada a la epistemología y a la ontología reposa en la equivalencia entre sociedad y cultura, ante lo que corresponde salir al rescate de la teoría sociológica para impedir que se convierta en filosofía social (Mouzelis, 1995).

Si a ello se añade el desplazamiento que lleva desde la sociedad –el objeto que pareció concitar el consenso durante un largo período– a la agencia, la experiencia y otros conceptos de orden subjetivo, entonces los límites disciplinares pierden claridad, mientras la sociología se aproxima gradualmente a otros campos y hasta tiende a confundirse con ellos. Asimismo, las fronteras entre teoría sociológica y teoría social se hacen más fluidas cuando se acoplan a las nuevas configuraciones sintéticas con propósitos de acercar los macroenfoques estructuralistas a los microenfoques subjetivistas.

Pese a la multiplicación de posiciones críticas con respecto al anacronismo de las categorías sociológicas, resulta curioso que los términos “teoría sociológica” y “teoría social” se empleen con escasas precisiones, y en muchos casos, se los utilice directamente como sinónimos³.

Desigualdad de objetos y de perspectivas

2 Se trata de una evaluación crítica que solicitaba la identificación de los libros publicados en el siglo XX que más habían influido en la labor concreta. Los resultados se presentaron en 1998, en el XIV Congreso Mundial celebrado en Montreal.

3 Valen como ejemplos dos artículos: el escrupuloso análisis de la afinidad entre sociología histórica y teoría política de Pels (2001), en el que el autor emplea el término teoría social como equivalente de teoría sociológica; el escrito de Martuccelli a propósito de las reacciones que despierta la actividad teórica, alude a ella como «la teoría social –o la teoría sociológica–» (2009: 2).

Del contraste referido a los objetos de estudio, surge una primera gran distinción según la cual la teoría sociológica constituye un conjunto de conocimientos generales referidos a la sociedad como totalidad, mientras la teoría social se centra en sus aspectos particulares. Sin embargo, en buena parte de los casos la denominación de teoría social se aplica indistintamente tanto al enfoque que estudia «el origen, funcionamiento y cambio de la sociedad», como a «las teorías de alcance medio referidas únicamente a regiones de relaciones sociales» (de la Garza Toledo, 2006: 19). Si a ambas formas les cabe el mismo calificativo, entonces –siguiendo a Merton– la teoría sociológica y la teoría social se hallarían comprendidas en un mismo, aunque distinto, compartimento: por un lado, ambas referirían a «grupos de proposiciones, lógicamente interconectadas, de las que pueden derivarse uniformidades empíricas» (Merton, 1992: 56) y, a la vez, se situarían entre esas teorías generales y la investigación de aspectos delimitados de un problema, cuestiones no derivadas de una única teoría y cuyo marco es siempre «provisional y en continua evolución» (Merton, 1992: 63).

Pese a que se les conceden los mismos atributos, abundan los cuestionamientos que resaltan las debilidades de los estudios concentrados en áreas determinadas, debido a su tendencia a autonomizarse de la teoría y a configurar

un modo de teorizar que como regla general adoptó la literatura y los problemas de un subcampo específico como su punto principal de referencia, en lugar de la disciplina como un todo, los dilemas epistemológicos, los grandes temas propuestos por los clásicos (la burocratización, el surgimiento del capitalismo moderno, la naturaleza del capitalismo, la *Gemeinschaft* versus la *Gesellschaft*, la solidaridad mecánica versus la solidaridad orgánica, etcétera), o bien las cuestiones teóricas englobantes (el orden social, la relación agencia-estructura, la sociología del conocimiento) (Kalberg, 2008: 249).

La disparidad de objetos –sociedad total y sus facetas específicas–, al igual que la facultad para decidir qué rumbo tomar cuando se investiga, no parece ser un criterio que discierna rigurosamente las diferencias entre teoría sociológica y teoría social.

Teóricos sociales versus teóricos sociológicos

En lugar de oponer teoría sociológica a teoría social, algunos analistas consideran que la práctica disciplinar se desarrolla según dos modalidades. Por un lado, hay teóricos sociales que se ven a sí mismos como comentaristas y críticos, inclinados mucho más hacia el cuestionamiento de la sociedad moderna que hacia la explicación de la vida social: «usualmente no se hallan comprometidos con la sociología científica, sino que a menudo se oponen a ella [...]; sus metas son primariamente, o casi exclusivamente, políticas»

(Sanderson, 2005: 4). Los teóricos sociológicos, en cambio, mucho más implicados en la reconstrucción de la sociedad que en su comprensión, tienden «hacia la sociología científica en el amplio sentido del término: pueden hacer teoría general o concentrarse en teorías específicas de fenómenos particulares de carácter sustantivo, y en algunos casos, combinar ambas» (Sanderson, 2005: 4). Luego, la teoría sociológica es una construcción de teoría general que contiene numerosas subteorías utilizables para el desarrollo de propuestas teóricas específicas a comprobar empíricamente. (Sanderson, 2001).

Según esta clasificación, el elenco de teóricos sociales incluye, entre otros, a Habermas, Bourdieu, Giddens, Goffman, Foucault, Schütz, Alexander y Derrida. En contraste, son teóricos sociológicos Parsons, Merton, Collins, Coleman, Wallerstein, Skocpol, Homans, etc.⁴.

A fin de evitar confusiones, especialmente para el mundo académico consumidor de artículos y estudios sociológicos, la propuesta consiste en institucionalizar la distinción entre las dos áreas, de modo que quienes poseen una mentalidad más científica investiguen en el campo de la teoría sociológica, y quienes se ocupan de criticar la configuración de la sociedad, se dediquen a la teoría social. Los que insisten en otorgar centralidad a los clásicos y se niegan a abandonar las exégesis y las numerosas interpretaciones y reinterpretaciones de sus planteos, deberían indicar claramente que sus trabajos forman parte de una tercera categoría: la sociología clásica. Brevemente, si los sociólogos tuvieran claro en qué campo producen –sea teoría sociológica, teoría social o sociología clásica– se evitarían los escritos pretenciosos, abstrusos y enigmáticos que pueblan las revistas científicas, y cuyo propósito no se dirige a ninguna parte, además de carecer de relevancia para explicar la vida social.

El contraste entre teoría sociológica y social, entonces, radica en las metas perseguidas, en la antítesis entre comprensión y reconstrucción; vale decir, un código no epistemológico, sino solo discursivo.

Orientaciones abstractas versus orientaciones prácticas

A los anteriores, se agrega un razonamiento según el cual la «teoría social es una reflexión relativamente sistemática, abstracta y general sobre el funcionamiento del mundo social»

⁴ Una vez publicado el artículo donde se encuentra dicha caracterización, tuvo lugar un debate del que participaron unos cuantos sociólogos verdaderamente molestos con el autor, a quien criticaron especialmente por su rígido cientificismo y su desconocimiento de las intersecciones entre paradigmas, campos y modos característicos de hacer teoría. Cfr. «Debate on Theoretical Work, Pluralism, and Sociological Theory» (2005), en *Perspectives*, vol. 28, N° 2.

(Baert, 2001: 9). Se distingue de la orientación eminentemente práctica de la sociología empírica por un rasgo fundamental: abarca aspectos diversos del ámbito social, en épocas y espacios también diversos. Hay aquí tres argumentos de distinto orden: uno, alude a la ausencia del concepto de sociedad en la línea del dictamen acerca de su definitivo declive, reemplazado ahora por los términos “mundo social”, “ámbito social” o “lo social”; el segundo, da cuenta de la heterogeneidad de las intenciones de una y otra, pues mientras la teoría sociológica se ocupa del análisis de organizaciones colectivas concretas en un momento determinado (la situación de las clases sociales, de la educación, las ciudades, etc.), la teoría social –en virtud de sus elevados niveles de abstracción, generalización y sistematización– es aplicable a cualquier organización colectiva en cualquier período histórico, lo que la distancia de las meras creencias u opiniones de los actores sociales. Derivado de ello, el tercer argumento se establece en torno a la distancia y/o a la proximidad entre teoría y acciones, ya que a diferencia de la teoría social, la teoría sociológica se encontraría significativamente desligada de las preocupaciones de esos mismos actores. Se trata, entonces, de un asunto que circula por coordenadas de cercanía o lejanía respecto de las inquietudes individuales y colectivas.

Ensayismo versus resolución de problemas

Las distinciones también contienen observaciones acerca de los modos formales de dar a conocer los hallazgos de investigación: se dice que mientras en la teoría sociológica prevalece la plausibilidad, en la teoría social impera la capacidad de convencer; es decir que la primera exhibe una forma lindante –o directamente coincidente– con el ensayismo, mientras la segunda se ocupa de problemas reales a la espera de soluciones. Además, la teoría sociológica cultiva la clausura, el cierre en torno a sus propias categorías; inversamente, la teoría social da muestras de apertura, flexibilidad y pluralismo. En esa dirección, se afirma que quienes se dedican a remediar hechos espinosos están obligados a ensuciarse las manos, pues se encuentran implicados en la elaboración de resultados útiles aplicables a situaciones problemáticas concretas, con lo que se ven en la disyuntiva de producir conocimiento útil o, en su defecto, conocer los pliegues y asperezas del fenómeno de la utilidad. Para contribuir a mejorar las dificultades, el conjunto de certezas de la teoría sociológica presta un flaco favor, en tanto los interrogantes de la teoría social suministran insumos apropiados para entenderlas y para repararlas.

Aquí, la diferencia radica en la disociación entre investigación sociológica e investigación social; es decir, entre «la necesidad de racionalizar los procesos de decisión y coordinación,

mediante la incorporación de componentes de información y conocimiento producidos por la investigación» (Brunner, 1996: 110) y la autorregulación, definida como el conjunto de «procesos de decisión y coordinación que nacen de contextos interactivos donde participan diversos agentes dotados de información parcial y conocimientos locales» (Brunner, 1996: 110). En medio de la diversidad de arenas de decisión que engendra la acción social, el conocimiento científico-social es uno y sólo uno de los saberes que contribuyen a la solución de problemas. Al sumarse a esos contextos, pierde sus cualidades de representación, idea o bien simbólico validado en el interior de comunidades disciplinares, y adquiere el perfil de un conocimiento practicado más cercano a la acción que a la producción. (Brunner, 1996).

Vista así, la teoría sociológica es una labor de intelectuales sumergidos en los laberintos de la meditación disciplinar, mientras la teoría social es un quehacer de analistas simbólicos involucrados en la identificación, solución y arbitraje de problemas. Entre otras dimensiones implicadas, la diferencia reposa en el encierro dentro de los límites científico-académicos, o en la migración hacia otros espacios más realistas donde se enfrentan y tratan de resolverse las cuestiones apremiantes.

Descripción narrativa versus voluntad de cambio social

Asimismo, la teoría social se describe como un modo de trabajo que cobra la forma de una amplia narrativa histórica asentada en el relato de orígenes y desarrollos, crisis, decadencias o progresos (Seidman, 1995); según se afirma, el enfoque busca dilucidar acontecimientos o configuraciones y legitimar un resultado mediante la atribución de importancia a ciertos actores, acciones e instituciones, restándosela a otras fuerzas sociales juzgadas perversas o diabólicas. Se trata de una orientación que desemboca en enseñanzas o moralejas con significado práctico; sus propósitos se nutren de los conflictos y responden a objetivos de cambio. El *Manifiesto Comunista*, la *Crítica de la Economía Política* y «La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo» ejemplifican esa voluntad: los dos primeros, porque trazan una estrategia para que los asalariados se autoidentifiquen como clase antagónica del empresariado capitalista; la segunda porque incita a la clase media alemana al ejercicio del poder político. El caso de *La División del Trabajo Social* constituye un ejemplo del afán por forjar una república suficientemente sólida como para enfrentar las embestidas de la izquierda y la derecha. Aun cuando esos escritos persiguen la verdad, su surgimiento se liga a los conflictos sociales, ante los cuales pretenden producir efectos palpables. Por tanto, son valoradas por su significación moral, social y política (Seidman, 1995). Inversamente, la teoría sociológica se ocupa de la descripción de la sociedad valiéndose de un vocabulario

propio que, al mismo tiempo, es distinto de la imagen que los actores sociales tienen de sí mismos. Se trata de un auto-diálogo sobre lo social que se separa de la reflexión sobre los conflictos contemporáneos y se concentra en el descubrimiento del funcionamiento y las condiciones de toda sociedad, lo que comporta la creación de términos que nombran genéricamente la acción social, el conflicto y el cambio. A la búsqueda de lenguajes y clasificaciones de alcance universal, pretende estipular la veracidad de cada uno de ellos, descargándose de las condiciones del contexto y formulando enunciados de un alto grado de generalidad, de modo tal que puedan reflejarse en leyes sociológicas: su proyecto consiste en contribuir al stock de conocimientos, bajo el supuesto de que con ello aporta al progreso social (Seidman, 1995).

Según esta interpretación, desde el siglo XVIII la teoría sociológica y la teoría social coexisten y se combinan, pues tanto Marx, como Durkheim y Weber compusieron textos que bien pueden inscribirse en una u otra categoría. Sin embargo, desde la segunda posguerra, «el énfasis ha recaído en la teoría sociológica», cuyo prestigio y privilegio reposan en la habilidad para formular conceptos analíticos de supuesto alcance universal; la teoría social, en cambio, tildada de ideológica, experimenta un proceso de devaluación que conduce a que se estimule a los sociólogos «a escribir teoría sociológica, no social».

Más aún (...), la hegemonía de la teoría sociológica sobre la teoría social ha contribuido a que los teóricos sociales ocupen una posición insular, y a que sus productos (teorías) se vuelvan intelectual y socialmente oscuros e irrelevantes para cualquiera, salvo para otros teóricos sociales. Al haberse negado a la teoría social, los teóricos sociológicos han contribuido a debilitar la moral pública y el debate político (Seidman, 1995: 121).

Por consiguiente, tanto el lugar marginal ocupado por la sociología, como el desánimo político y social, proceden de la preeminencia de la teoría sociológica, de su obstinación por mantenerse aislada de las preocupaciones sociales.

Teoría de la sociedad, teoría sociológica e historiografía social

Al caudal de definiciones, y su consecuente vaguedad taxonómica, se suma la que considera que en el reino de lo social destaca la “teoría de la sociedad”, es decir «las observaciones relativas a la sociedad misma –sus pilares normativos, sus estructuras, sus tendencias de cambio–» (Rodríguez Ibáñez, 1996: 18). Ese enfoque cohabita con la “historiografía social”, centrada en la reconstrucción de los discursos acumulativos que dan forma a la teoría, con énfasis en los contextos nacionales de los que surgen. Aun cuando suele confundírsela con la labor teórica, su especificidad radica en la recuperación de la evolución de la disciplina, de

sus corrientes y tradiciones vernáculas. Aun considerando tales diferencias, la teoría de la sociedad y la historiografía social son teorías sociológicas, puesto que el nombre le cabe a aquella actividad que elabora «constructos hipotéticos», enunciados adecuados y congruentes sobre la realidad los que, al mismo tiempo, echan luz sobre la labor de investigación social. Aun cuando la teoría de la sociedad, la historiografía social y la teoría sociológica se mezclan, sus patrones salientes componen «avenidas fuertes», expresión que refiere a

aquellos procesos abiertos de producción teórica en sociología que tienen el suficiente peso específico como para acumular propuestas teóricas del pasado y aun asimilar otras propuestas del presente, y todo ello propiciando estímulos para el avance de la investigación. La metáfora de la avenida [...] inmediatamente transmite la idea de imán o catalizador y, al mismo tiempo, la idea de continuidad y crecimiento. Que una avenida sea o no fuerte dependerá de que posea o no una base epistemológica adecuada y sólida; de que su alcance último roce las cotas del universalismo explicativo, y, finalmente, de que su ámbito de aplicación sea capaz de saber concatenar lo singular y lo global (o lo “micro” y lo “macro”) (Rodríguez Ibáñez, 1996: 20; énfasis del autor).

Entre los enfoques sociológicos contemporáneos que cumplen dichos requisitos, sobresalen la teoría comunicativa de Jürgen Habermas, la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, la teoría de la decisión racional de James Coleman y la teoría cognitivista de autores como Cicourel, Changeux, Churchland, Gardner, Johnson-Laird y Varela. Las dos últimas comparten su voluntad de trascender las fronteras de las ciencias sociales, a la vez que procuran superar, por un lado, los límites entre ciencias sociales y humanas y, por otro, entre ciencias sociales y biológicas. La teoría comunicativa y la teoría de sistemas, en cambio, exhiben un perfil más ortodoxo, pues reservan un espacio autónomo para la teoría de la sociedad «y su depuración, la teoría sociológica» Luego, la vieja distinción entre sociologías de orientación comunitaria y sociologías de orientación societaria,

estaría moviéndose hacia un nuevo contraste, ahora entre sociologías dispuestas a fusionarse con antropologías de carácter económico o psicobiológico, y sociologías empeñadas en mantener, en el seno del diálogo interdisciplinar, la autonomía de la teorización sociológica (Rodríguez Ibáñez, 1996: 26).

Así, la cuestión se dirime en torno a las habilidades para reunir pasado y presente, subsistencia y expansión, adecuación y consistencia epistemológica y análisis macroestructurales y microsubjetivos; es decir, el conjunto de las características de la teoría sociológica y la teoría social.

Sociología-modernidad versus teoría social-agente humano

En el interior de un entramado que dificulta fijar las diferencias, Anthony Giddens lleva a cabo una detallada distinción entre teoría sociológica y teoría social. Su posición se ciñe a la constatación acerca de las arduas circunstancias que atraviesa la sociología: la pérdida de capacidad «para proporcionar un centro unificado de las diversas ramas de la investigación social» (Giddens, 2000: 13) y, simultáneamente, el alejamiento progresivo de los temas relevantes de la agenda pública y el abandono del tratamiento de asuntos concernientes a la política práctica.

Ante ello, invoca un argumento que se reitera a lo largo de su obra que hace hincapié en la diferencia entre objetos de estudio: mientras la sociología se ocupa de la modernidad, de la singularidad y la dinámica de las sociedades industrializadas, la teoría social se orienta hacia el actor humano, hacia su conciencia y su acción. La sociología comparte su objeto de estudio con la historia y otras ciencias sociales, pero su diferencia específica reside en que interviene en el mundo social al punto de contribuir a la conformación del conocimiento de sentido común. Y aunque hacia afuera enfoca a las acciones y a sus consecuencias, hacia dentro evidencia una fragmentación que la segmenta en distintos sistemas conceptuales, variedad que, a juicio de Giddens, expresa un pluralismo positivo, la faceta más fuerte de la sociología. Dicha dispersión denota la ruptura de la ortodoxia mantenida sobre bases positivistas, funcionalistas e industrialistas, frente a la cual el punto de vista hermenéutico constituye una respuesta en los planos lógico y metodológico. Aun cuando la incorporación de ese criterio introduce el tema de la acción humana orientada por reglas, Giddens entiende que su olvido de la historia no resuelve «los problemas lógicos y metodológicos dejados de la lado a raíz de la desaparición del consenso ortodoxo» (Giddens, 1999: 81). De todos modos, ignorar la importancia de la hermenéutica comporta un error, pues omite visiones que –como las de Gadamer y Ricoeur– subrayan la dimensión histórica de la acción.

Para soslayar posiciones extremas, sean positivistas o hermenéuticas, se inclina por una “teoría social hermenéuticamente informada” que se distancia tanto de la sociología como de la teoría sociológica. Su significado alude a un «cuerpo de teoría compartida en común por todas las disciplinas comprometidas con la conducta de los seres humanos» (Giddens, 1999: 82). En ella convergen la sociología, la antropología, la economía, la política, la psicología y la geografía humana, ya que nada de lo que cada una trata es ajeno a las demás. La teoría social, entonces, no sólo es el centro esencial de las convergencias, sino que aporta –desde distintos frentes– a la reconstrucción del campo. A fin de desligarla de las convergencias del pasado, especialmente en los términos propuestos por Talcott Parsons, Giddens indica que la

nueva confluencia descrea de la posibilidad de ocupar el lugar dejado vacante por la caída del consenso ortodoxo: la teoría social no busca restituir ningún acuerdo, pues ello implicaría contradecir el “espíritu” del pensamiento social contemporáneo.

¿Qué distingue, entonces, la teoría sociológica de la teoría social? Para el autor, la teoría sociológica es historia construida, el «punto de Arquímedes en el que se funda toda disciplina engendrada por sus padres fundadores» (Giddens, 1997: 14), una idea que considera completamente insostenible en el campo de las ciencias sociales por basarse en un principio evolutivo según el cual los errores de los antecesores son corregidos y superados por quienes, ulteriormente, exponen nuevos planteamientos. Si bien todas las disciplinas tienen fundadores –cuyas elaboraciones forman parte de los mitos de origen que contribuyen a forjar historias ficticias, comunidades imaginadas y fronteras claras con otras disciplinas– solo algunas los convierten en clásicos. Esa transformación implica un recuerdo selectivo de sus aportaciones «a la luz de nuevos acontecimientos, modas e imperativos» (Giddens, 1997: 15). Pero por efecto del contacto con otras disciplinas, la teoría social se libra del sociologismo, la estrechez y la unilateralidad (Giddens, 1999), lo que se manifiesta en la constitución de un “banco” formado por todas las ciencias sociales; de él, cada una obtiene los fondos necesarios para su quehacer, y al modo del creyente protestante, no malgasta el dinero sino que lo reinvierte para acrecentar la fortuna de la teoría social y de las ciencias sociales empíricas particulares. Ambas intercambian activamente de un modo tal que la teoría social guía la investigación empírica, mientras la sociología empírica contribuye al desarrollo de la teoría social (Giddens, 1999). Hay aquí una caracterización acerca de la diferencia entre teoría sociológica y teoría social que atraviesa las divisorias entre disciplinas, y cuyo principal objeto de estudio es el doble y simultáneo proceso de constitución de estructuras y agentes, algo que deshace la rigidez de la teoría sociológica y organiza y articula la flexibilidad de la teoría social.

Adenda

Entre tantas definiciones, hay también algunas que –aunque no emplean el término– representan variantes de la clasificación antes realizada. Por ejemplo, la teoría de la fluidez social, una modalidad de la teoría social que expresa «una forma inestable, provisional, contingente y precaria» (García Selgas, 2006: 14) cuya utilidad consiste en poner en evidencia la pérdida de solidez de las instituciones y, en consonancia, la necesidad de «caracterizar lo social por su facilidad para cambiar de forma y su dificultad para mantenerse en esa forma, esto es, por la inestabilidad constitutiva de las formas sociales» (García Selgas, 2006: 16). Si se toman en consideración las anteriores especificaciones, la teoría social es la más idónea

para retener unos rasgos similares a los de los fluidos; la teoría sociológica solo dispone de herramientas para dar cuenta de una supuesta solidez, lo que impide captar asuntos como la flexibilidad laboral, los flujos migratorios, etc. Luego, toda figura que pretenda describir la universalidad, «tiene que empezar hoy por justificarse para no oler a totalitarismo» (García Selgas, 2006: 28).

La analogía entre instituciones y fluidos acerca esta explicación a la ortodoxia sociológica que cree que «se lograrán grandes avances si se imitan, modifican y adaptan las técnicas que han resultado eficaces en nuestro entendimiento científico de la naturaleza» (Bernstein, 1983: 15), sin percibir la necesidad de indagar «las cuestiones más básicas acerca de lo que son los seres humanos, lo que se están volviendo y lo que pueden volverse todavía» (Bernstein, 1983: 282); es decir, olvidando la enorme importancia que poseen las categorías de apreciación y evaluación realizadas por los propios actores.

Asimismo, puede identificarse una perspectiva según la cual la teoría sociológica, en la forma de un discurso «genérico y hueco» (Tenti Fanfani, 1991: 40), resulta un constructo apto para la docencia practicada en las aulas universitarias; la teoría social, en cambio, es la herramienta pertinente para la investigación. De ello deriva la afirmación que sostiene que la teoría sociológica «se enseña» como el conjunto de discursos genéricos portadores de verdades científicas acerca de los grandes temas de la humanidad tales como la modernidad, la posmodernidad, el fin de las ideologías, la crisis global; un conocimiento hecho que se despreocupa de cuestiones específicas como las instituciones y las prácticas sociales. En contraste, la teoría social «se hace», es decir, se crea al vaivén de las necesidades de producción de conocimiento utilizable.

Un intento de recapitulación

El movimiento que conduce desde la teoría sociológica a la teoría social acompaña una serie de procesos teóricos y empíricos que pueden resumirse en las siguientes proposiciones:

- 1 En cuanto totalidad, la sociedad cede su lugar a “lo social”, un término que nombra la desaparición de lo sociológico de la sociedad, suplantado ahora por “vida social” ;
- 2 A la pregunta que intenta responder qué es la sociedad, le sigue la que se interroga acerca de qué cosa es la ciencia social (Belvedere, 2012);
- 3 El lugar de la sociedad como entidad con presencia espacio-temporal, es ocupado por la sociedad como producto de la reproducción de una diversidad indefinida de contextos (Giddens, 1997);

- 4 La visión centrada en el capitalismo sucumbe ante el enfoque centrado en la modernidad (Giddens, 1997); o lo que es lo mismo, el punto de vista socioeconómico flaquea ante la perspectiva cultural;
- 5 A los criterios de verdad, les suceden razonamientos vinculados a la transformación social;
- 6 Del conjunto de certezas de la sociología clásica, se pasa al conjunto de interrogaciones de la teoría social;
- 7 El antihumanismo sociológico es suplantado por el humanismo social;
- 8 La rutinización de los conceptos y la separación en subdisciplinas dejan paso a nuevas relaciones con la filosofía y al activo intercambio disciplinar (Corcuff, 2013);
- 9 El naturalismo positivista pasa a ser anti-naturalismo hermenéutico;
- 10 El sociólogo y la sociología se convierten en científico social y ciencia social (Belvedere, 2012);
- 11 La búsqueda de las causas de la crisis capitalista es relevada por el análisis de sus consecuencias;
- 12 Los conflictos clásicos son reemplazados por luchas orientadas a la reivindicación de los derechos culturales;
- 13 Los actores sociales situados en categorías como clases y estamentos, pasan a ser sujetos no sociales (Touraine, 2013);
- 14 Del tonto cultural se avanza hacia el sujeto cognoscente;
- 15 El Estado que interviene en la moderación del conflicto vira hacia un espacio por encima de lo social, el lugar donde se forman y sostienen las grandes concepciones culturales (Touraine, 2013);
- 16 La obediencia ciega a las instituciones normativas de socialización e integración pierde solidez (Ogien, 2008) ante la proliferación de significados diversos y no universales (Turner, 1994).

En suma, todos los conceptos hunden «sus raíces en proposiciones generales sobre el ser humano y la sociedad», y por más que permanezcan ocultos o implícitos, siempre contienen «las simientes del razonamiento abstracto y la evaluación normativa» (Smelser, 1994: 9). En el caso de las distintas caracterizaciones de la teoría social, los argumentos también revelan la intención de otorgar a la propia perspectiva importancia analítica y normativa, una orientación cuya validez temporal se sustenta en la reformulación, y frecuentemente, en la voluntad de superación de la teoría sociológica.

Bibliografía

- Baert, P. (2001). *La teoría social en el siglo XX*, Madrid: Alianza Editorial.
- Belvedere, C. (2012). *El discurso del dualismo en la teoría social contemporánea. Una crítica fenomenológica*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Bernstein, R. (1983). *La reestructuración de la teoría social y política*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Brunner, J. J. (1996). «Investigación social y decisiones políticas. El mercado del conocimiento», en Nueva Sociedad N° 146.
- Brunner, J. J. (1997). «Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas», Discurso en la celebración del 40° aniversario de la FLACSO, Chile, en *Revista de Crítica Cultural*, Santiago de Chile, noviembre., disponible en <http://www.lablaa.org/blaavirtual/letrar/revistaest/revista10.htm>
- Camic, Ch. y N. Gross (1998). «Contemporary development in sociological theory: current projects and conditions of possibility», en *Annual Review of Sociology*, N° 24, disponible en <http://www.jstor.org/discover/10.2307/223489?uid=3737512&uid=2&uid=4&sid=21104621728063>
- Corcuff, P. (2013). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- De la Garza Toledo, E. (2006). «¿[Hacia](#) dónde va la teoría social?», en E. de la Garza (coord.), *Tratado latinoamericano de Sociología*, Barcelona, Anthropos.
- Dubet, F. (1996). «¿Ocaso de la idea de sociedad?», en *Revista de Sociología* N° 10, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Dubet, F. (2004). «Conflictos de normas y ocaso de la institución», en *Estudios Sociológicos* N° XXII, N° 1, enero-abril, México: El Colegio de México.
- Esping-Andersen, G. (2000). «Two societies, one sociology, and no theory», en *British Journal of Sociology*, Vol. 51, N° 1, enero-marzo.
- Fabiani, J-L. (1996). «La sociologie et le principe de réalité»; en *Revue européenne des sciences sociales*, N° 103.
- García Selgas, F. (2006). «Bosquejo de una teoría de la fluidez social», en *Política y Sociedad*, N° 2, volumen 43, disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0606220013A>
- Geertz, C. (1994). «Géneros confusos: la refiguración del pensamiento social», en *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona: Paidós Ibérica.
- Giddens, A. (1997). *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona: Paidós Ibérica.
- Giddens, A. (1999). *Perfiles y críticas en teoría social*, cap. I, en *La teoría social de Anthony Giddens*, P. Aronson y H. Conrado (comp.), Colección Cuadernos de Sociología, Serie Teoría, Buenos Aires: EUDEBA.
- Giddens, A. (2000). «En defensa de la sociología», en *En defensa de la sociología*, Madrid: Alianza Editorial.

- Kalberg, S. (2008). «¿Un consenso a través de las naciones en torno a una teoría sociológica unificada? Ciertos obstáculos interculturales», en *Sociológica*, Año 23, N° 67, México: El colegio de México.
- Lamo de Espinosa, E. (2001). «La sociología del siglo XX», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)* N° 96, octubre-diciembre, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Martuccelli, D. (2010). «Entrevista: La sociología en los tiempos del individuo», en *Doble Vínculo*, N° 1, Año 1, disponible en <http://doblevinculo.wordpress.com/2011/02/16/entrevista-a-danilo-martuccelli/>
- Merton, R. (1992). *Teoría y estructura sociales*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Mouzelis, N. (1995). *Sociological Theory: what went wrong?*, Londres: Routledge.
- Noya, J. (2004). «Teoría e investigación en la sociología española contemporánea», en *Política y Sociedad* N° 2, volumen n° 41, disponible en <http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0404230163A>
- Ogien, A. (2008). *Las formas sociales del pensamiento. La sociología después de Wittgenstein*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pels, D. (2001). «Three Spaces of Social Theory: Towards of Political Geography of Knowledge», en *The Canadian Journal of Sociology*, disponible en www.jstor.org/stable/3341510
- Rodríguez Ibáñez, J. E. (1996). «Las cuatro “avenidas fuertes” de la teoría sociológica contemporánea», en *Papers Revista de Sociología*, N° 50, disponible en <http://ddd.uab.cat/record/14045?ln=es>
- Rule, J. (1997). *Theory and Progress in Social Science*, Cambridge: Cambridge UP.
- Sanderson, S. (2001). *The Evolution of Human Sociality: A Darwinian Conflict Perspectives*, Lanham MD: Rowman & Littlefield.
- Sanderson, S. (2005). «Reforming theoretical work in sociology. A modest proposal», en *Perspectives*, Newsletter of the American Sociological Association (ASA), vol. 28, N° 2, agosto.
- Seidman, S. (1995). *Postmodern Turn. New Perspectives on Social Theory*; Cambridge University Press; hay traducción del capítulo «El fin de la teoría sociológica» en <http://respaldo.fcs.edu.uy/enz/licenciaturas/sociologia/Teoria%20Soc3/El%20fin%20de%20la%20teoria%20sociologica.pdf>
- Smelser, N. (1994). «Teorías sociológicas», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales* N° 139, marzo.
- Tenti Fanfani, E. (1991). «Las ciencias sociales en la universidad», en *Espacios* N° 10, noviembre-diciembre.
- Touraine, A. (2006). *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*, Buenos Aires: Paidós.
- Touraine, A. (2013). *Después de la crisis*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, S. (1994). *The Social Theory of Practices*, Londres: Polity Press.